

# PRÓLOGO

## ÉSTE ES EL LUGAR

Alida García avanzaba a trompicones por el espeso bosque invernal; la sangre marcaba su camino, una brillante cola de cometa roja que destacaba contra la blancura de la nieve.

Le temblaban las manos. Apenas podía cerrar en un puño los dedos como garras, casi insensibles, húmedos por los grandes copos de nieve que caían sobre ella y que se fundían en cuanto tocaban su piel. Cuando llegara el momento, ¿sería capaz de apretar el gatillo del viejo revólver de Luis?

Un dolor lacerante en el estómago hizo que sus pensamientos volvieran a centrarse en la misión, la misión divina.

Algo iba mal. Bueno, joder, todo iba mal y había ido mal desde el momento en que comenzó a rascarse el vientre y el codo. Pero ahora algo iba definitivamente peor, algo dentro de ella. No debía ser así... sabía que no debía ser así.

Miró hacia atrás, a lo largo de su rastro sangriento en la nieve, en busca de señas de una persecución. No vio nada. Había pasado años atemorizada por el INS, pero ahora era distinto. No querían deportarla, ahora querían matarla.

Sus manos y piernas sangraban por los arañazos de las ramas bajas. Su pie izquierdo también sangraba, porque había perdido el zapato hacía ya tiempo; la fina y quebradiza corteza de la nieve convertía cada paso en un crujido cortante. No sabía por qué le sangraba la nariz, pero todos estos detalles eran triviales comparados con la sangre que vomitaba cada pocos minutos.

Tenía que seguir, seguir, encontrar el lugar... el lugar donde todo comenzaría.

Alida vio dos enormes robles, que se alzaban hasta tocarse como amantes de hacía siglos, una imagen congelada de anhelo incumplido y perpetuo. Pensó en su marido, Luis, y en el bebé, una vez más. Luego alejó esos pensamientos. No podía pensar eso, de la misma manera que no podía pensar en la cosa que llevaba en el vientre.

Había hecho lo que tenía que hacer.

Tres balas para Luis.

Una bala para el bebé.

Una bala para el hombre en el coche.

Quedaba una bala.

Avanzó y entonces tropezó. Extendió los brazos en un intento de detener la caída pero sus manos sangrientas se clavaron en la nieve que le llegaba hasta las

rodillas. Su mano helada se golpeó contra una roca que no se veía, lo que le produjo más dolor y cayó cuan larga era sobre la nieve. Alzó la cabeza, la nieve y el hielo pegados a su rostro exhausto. Entonces vomitó, una vez más. La sangre salió de su boca para salpicar de rojo la nieve.

Sangre y unos trozos húmedos de algo negro.

Le dolía el interior. Le dolía muchísimo.

Hizo ademán de ponerse en pie, se paró y contempló los robles gemelos.

Dominaban un claro, con una copa de ramas desnudas y esqueléticas que se extendían casi cincuenta metros. Unas pocas hojas muertas, tenaces, colgaban de las ramas y se movían ligeramente con el viento invernal. No sabía lo que buscaba, sólo que debía adentrarse en el bosque, en lo más hondo del bosque, donde no iba la gente.

Era esto. Éste era el lugar.

Un viaje tan largo, para terminar aquí. Había cogido el automóvil del hombre en Jackson. El hombre le dijo que no era de la migra, que no era de la policía de inmigración, pero esos tipos la habían perseguido toda su vida y no se lo creyó. Él se quedó mirando la pistola, dijo que no era de la migra, dijo que buscaba una licorería. Alida supo que mentía. Lo vio en su mirada. Le dejó allí, cogió su coche y condujo durante toda la noche, para abandonar el automóvil en Saginaw. Allí se subió a un tren de mercancías y se puso a ver si encontraba un gran bosque. Siempre que siguiera avanzando hacia el norte, lo demás no importaba.

Avanzar hacia el norte, realmente, era la historia de su vida. Cuando más al norte ibas, menos preguntas te hacía la gente. La infancia en Monclova, México. La adolescencia en Piedras Negras, luego, al cumplir los diecinueve, cruzó la frontera ilegalmente y comenzó a cruzar Texas e ir más allá. Siete años de trabajos, escondites, mentiras, siempre avanzando hacia el norte. A Luis lo conoció en Chickasha, Oklahoma, y juntos cruzaron los Estados Unidos, de San Luis a Chicago, para reunirse con la madre de ella en Gran Rapids, Michigan. Un breve cambio, en dirección este, cuando Luis encontró un trabajo fijo en la construcción, en Jackson.

Entonces comenzaron los picores. Y no mucho después, la necesidad de emprender rumbo norte otra vez. No, no se trataba sólo de una necesidad, como lo fuera antes. Los picores lo convirtieron en una misión.

Pero al fin, tras veintisiete años de vida, podía parar. Contempló los robles, cómo parecían querer abrazarse. Como amantes. Como marido y mujer. Ahora no podía dejar de pensar en él, no podía dejar de pensar en su Luis. Pero todo estaba bien, porque ahora se reuniría con él.

Miró una última vez hacia atrás. La copiosa nevada ya estaba ocultando el rastro del cometa, convirtiendo el rojo en un rosa borroso, que pronto sería totalmente blanco otra vez. La migra la estaba buscando, querían matarla... pero a menos que se encontraran a quince o veinte minutos de distancia, su pista desaparecería para siempre.

Alida contempló una vez más los árboles; la imagen era una escultura gloriosa grabada en su cerebro.

*Éste es el lugar.*

Se sacó del bolsillo el viejo revólver del calibre 38 y apretó la boca del cañón contra su sien.

Cuando apretó el gatillo, sus dedos helados no le fallaron.